

# El transmisor

*Amado Nervo*

CUANDO EL EMPLEADO, CON SOLICITUD NO DESMENTIDA, había recorrido ya con los turistas la mayor parte de los departamentos de la negociación, ponderando la importancia de ésta en México, la suma de esfuerzos y de gastos que suponía, el número de brazos que ocupaba y la difusión de bienestar que determinaba en la comarca, detúvose ante una puerta en cuyo dintel se leía: *Transmisor*, y dando a su voz inflexiones de confianza, dijo, a tiempo que introducía una pequeña llave en a cerradura y empujaba las maderas:

—En esta reducida pieza tienen ustedes a la fuerza bajo uno de sus aspectos más formidables y más disimulados. Nada parece indicarlo, ¿verdad? Un aparato de madera barnizada, fijo a la pared, muy semejante a la caja de un teléfono, y en cuyo centro hay un botón de cobre —y lo señalaba—, y, sin embargo, ese botón, con el cual conectan innumerables hilos de alambre, vibra el rayo, un haz de rayos; ese botón distribuye la potencia eléctrica y la regula, y la potencia eléctrica significa en este caso... diez mil voltios. ¿Saben ustedes lo que son diez mil voltios? (Los turistas hicieron un signo de cabeza afirmativo.) Bastaría estar al tanto de que el máximo de vigor eléctrico necesario para la electro ejecución hoy aplicada a los reos de pena capital en Nueva York, es de mil voltios: el más excepcional organismo quedaría fulminado ante factor de tal energía; imagínense, pues, lo que serán diez mil voltios... y a qué se reduciría el hombre que tocara el botón...

Los turistas —quien más, quien menos— sintieron correr por la médula espinal un estremecimiento helado.

—¿Y cómo manejan ustedes tan horrible aparato?

—Con eficaces aisladores —respondió el empleado, quien, satisfecho de la impresión que causaba, añadió: —Y ya lo ven ustedes, no lo resguarda ni una débil cubierta de cristal; está a la mano... Cierto es que

no permitimos la entrada aquí sino a los electricistas y a tales o cuales personas de cuya prudencia estamos seguros... Pero el tiempo vuela; ¿desean ustedes que continuemos nuestra visita?

—Con mucho gusto.

—Pasaremos de nuevo por la pieza, dentro de breve rato, para ver la dirección y acaso presenciemos el funcionamiento del transmisor.

—Yo los aguardo aquí —dijo uno de los visitantes, joven de pálida fisonomía y de grandes ojos, profundamente negros—; me siento fatigado y este sillón —un amplio sillón de escritorio, acojinado— es muy cómodo.

—¿Intentaría usted, por ventura, suicidarse? —interrogó el empleado en son de broma.

El joven dejó ver una franca sonrisa, que habría disipado —de existir— la menor duda, y el empleado, después de un —cuidado— dicho con indiferente jovialidad, continuó con los demás turistas a la visita.

Ya solo, el joven, como atraído por invencible imán, clavó sus ojos en el botón de cobre que brillaba sinies-tramente en medio de la madera, y se dijo:

—Si yo lo tocase con el índice, nada más que con el extremo del índice...

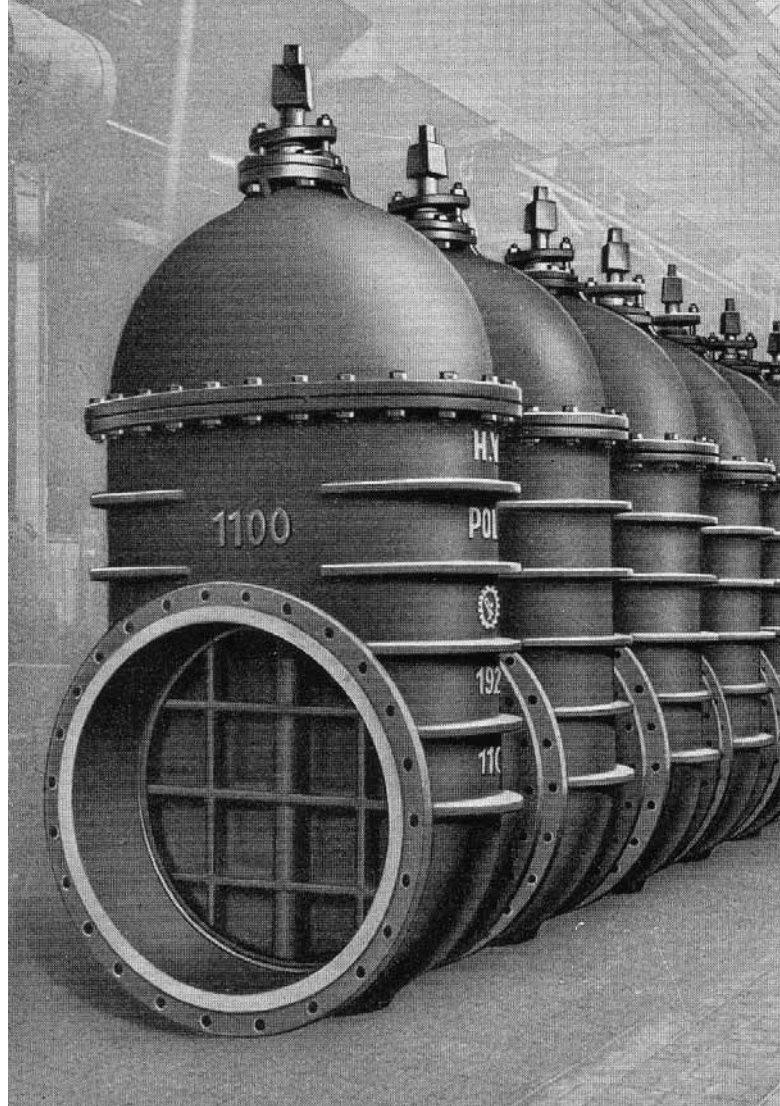
Pero, apenas formulada esa idea, se sobrecogió de espanto.

Habríase visto ocurrencia más insensata... Lo mejor era salir de ahí...

E hizo un impulso para levantarse. Pero continuó sentado.

En verdad, una fuerza desconocida le retenía, y no era la primera vez que experimentaba la fascinación del peligro.

Extraordinariamente nervioso y sugestionable, en varias ocasiones sintió en las alturas el vivo deseo de

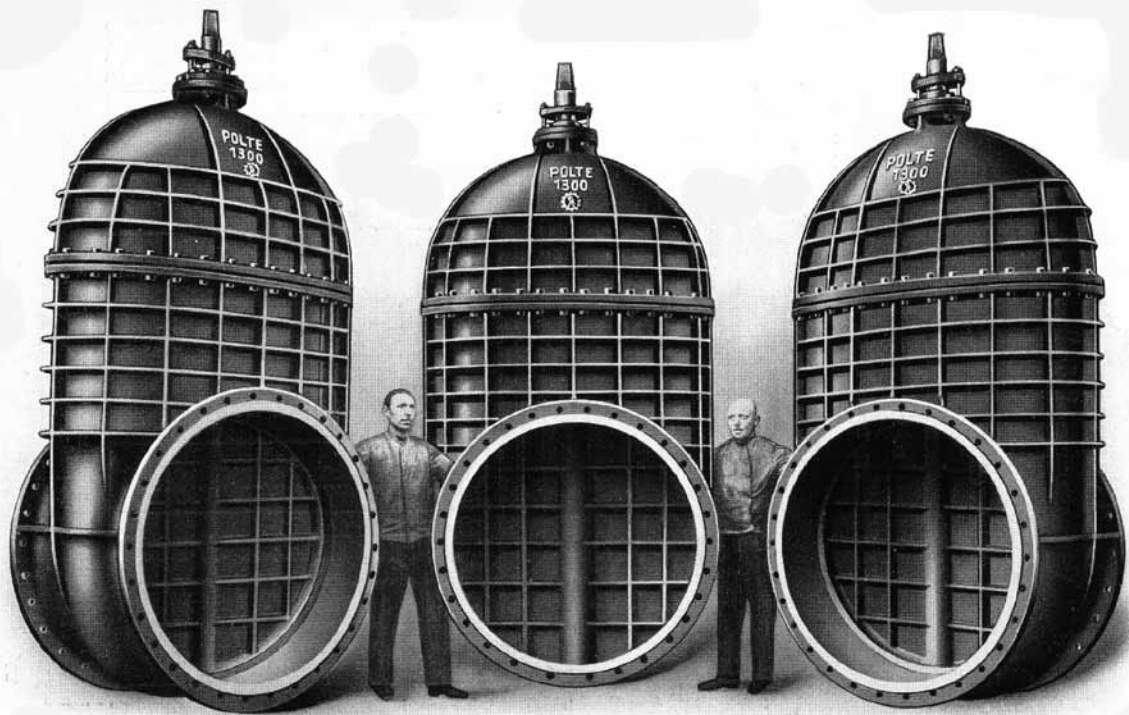


arrojarse al abismo, y momento hubo en que, dominando el instinto de conservación, sus manos se aferrasen, frías, a los hierros de un barandal o a la saliente de una cornisa, en tanto que recorrías su cuerpo un calosfrío muy semejante al que se experimenta cuando se va a saltar de una eminencia cualquiera, en los recreos del colegio.

Pero entonces la tentación era más fuerte, el disimulo, la hipocresía de una fuerza incalculable, tremenda, aplastante, que radicaba en un botón de cobre de inofensiva apariencia, le enloquecían.

Quiso analizar fríamente el impulso interno y misterioso que le dominaba.

¿Era hijo de la obsesión del suicidio? No, sin duda, jamás había deseado la muerte. Su exquisita sensibilidad de nervioso, y de nervioso finamente educado, vibraba a todas las influencias externas, aun a las más leves versatilidades climáticas, dándole malos ratos, es cierto; pero en cambio le producía sensaciones cada



vez más refinadas y hermosas. Su posición holgada de estudiante rico era envidiable; su libertad, ilimitada; su salud perfecta... Ahora disfrutaba de divertidas vacaciones semestrales, recorriendo una hermosa comarca de la provincia, con camaradas alegres, y pronto regresaría a México a reanudar sus estudios y sus placeres fáciles de *boulevard*. ¿Por qué, pues, había de querer suicidarse? No, no era el deseo preciso y determinado de morir el que le asaltaba ante ciertos peligros, sino la avidez de meterse en ellos, el vértigo de abrazarlos, una atracción arcana que nacía de todo su ser, tendido entonces hacia el abismo, hacia la vorágine, hacia el riesgo... Recordaba el esfuerzo prodigioso que en cierta ocasión tuvo que emplear para no arrojarse de la canastilla de un globo cautivo que ascendía periódicamente en la Alameda, y su fiebre por deslizarse en el plano inclinado de la montaña rusa.

El vértigo, eso era, un vértigo inexplicable.

Y el botón de cobre seguía brillando siniestramente...

¿Qué sentiría si lo tocara con el índice, nada más que con el extremo del índice...?

Un golpe, sólo un golpe..., acaso nada —tan instantánea sería la disolución de su organismo—. ¿Qué se siente con un rayo? Nada, puesto que todas las funciones cerebrales cesan con brusquedad.

¿Si lo tocara con el índice, nada más que con el extremo del índice...!

Se estremeció de nuevo, y púsose en pie.

Pronto estarían de vuelta los compañeros y él ya no podría saciar su avidez, su horrible avidez.

Tornó a mirar el botón: un simple disco metálico muy semejante a un tornillo. ¿Si parecía mentira que aquello encerrase la muerte..., el rayo..., un haz de rayos..., diez mil voltios!

Qué pavorosa es a veces la fuerza; no cuando se exhibe con todo el aparato de sus calderas, de sus engranes, de sus poleas, sino cuando se oculta en el hilo forrado de seda, en la bobina verde que semeja un carrete de bordador, en el botón de cobre o de porcelana...

¿Si lo tocara con el índice, nada más que con el extremo del índice...!

Se había acercado maquinalmente al transmisor, y palidecía en exceso.

Oyéronse voces en la pieza inmediata.

Los compañeros volvían.

El joven, como hipnotizado por el brillo del botón, no apartaba de él sus ojos dilatados.

El tiempo urgía. ¿Si lo tocara con el índice, nada más que con el extremo del índice...!

Las voces oíanse distintamente.

¿Qué hacer?

Sacudió un postrer estremecimiento, y con ademán resuelto, alargó la mano. **▲▲**

Texto aparecido en *El Mundo Ilustrado*, 11 de agosto de 1897.